



LAURA GUERRERO GUADARRAMA

## Retos de la promoción en el nuevo milenio

Recordando a Iser, no podemos seguir pensando en el fenómeno de la lectura sólo de la manera tradicional: una persona frente a un libro en diálogo íntimo, interacción que actualiza los efectos potenciales de la página escrita; debemos abrir el significado del término, llevar este ejercicio de manera consciente hacia sus múltiples posibilidades.

La lectura abierta se convierte en la llave de acceso hacia la comprensión de nuestro complejo mundo contemporáneo en este nuevo milenio, porque es importante generar respuestas para la enorme cantidad de mensajes que nos envuelven. Reto del momento que nos tocó vivir, un ejercicio lector que no sólo es escolar, un movimiento de vida en favor de una mejor existencia. Como señala Alberto Manguel (1999), se trata de «convertir a dóciles ciudadanos en seres racionales, capaces de oponerse a la injusticia, a la miseria, al abuso de quienes nos gobiernan» (p. 11). ¿Qué implica esto?, ¿de dónde partimos?, ¿hacia dónde dirigir nuestros esfuerzos?

Paradójicamente, aunque debemos extender el significado de la lectura, el camino pasa por los textos escritos; es a partir de ellos que podemos promover y desarrollar habilidades fundamentales como el análisis, la reflexión crítica, la valoración ética, etc., para llevar estas herramientas a la decodificación de los múltiples textos que nos invaden día a día, para «despertar el placer de aprender» (Gadamer, 2000: 33).

## I. LEER EL MUNDO

Leer el mundo, sus infinitos mensajes, sus innumerables signos como un libro del que somos una pequeñísima parte, lectores de nosotros mismos, de quienes nos rodean y de lo que nos rodea. Esta vieja analogía es la clave de los retos a los que nos enfrentamos. Imagen borgiana del lector inmerso en el mismo texto que lee e interpreta. ¿A qué hace referencia esta metáfora tantas veces utilizada? Alude al ser humano inserto en un cosmos de mensajes de distintas texturas, creados bajo diferentes códigos, que apelan o llaman al receptor, al lector o lectora para que los active, comprenda y responda. Borges (1996) cita a Carlyle cuando dice que «la historia universal es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y leen y tratan de entender, y en el que también los escriben» (p. 47).

Los historiadores señalan que, a partir del siglo XIX, la lectura comenzó a difundirse entre la población debido, fundamentalmente, a la alfabetización y la educación. Con la divulgación de las herramientas imprescindibles para la formación de nuevos lectores se reforzó la noción del lector como una persona que «lee en soledad y a su total voluntad, que debe ser guiado desde el punto de vista técnico, pero no controlado ideológicamente» (Chartier, 2002: 10). Control ideológico que, no obstante, ha sido una obsesión de los diferentes censores que los libros han tenido a lo largo de la historia de la humanidad. Todos y todas sabemos que existen listas de volúmenes que todavía sufren persecución o están prohibidos en diferentes latitudes y culturas. Listas negras que heredan la preocupación de aquellos inquisidores que crearon el índice de libros prohibidos para toda la cristiandad de 1559. Algunos de los textos sancionados son sacados de los estantes escolares, porque se les considera «políticamente incorrectos» o groseros, como Tom Sawyer de Mark Twain; algunos cristianos fundamentalistas alertan contra *Harry Potter*, de J.K. Rowling, porque habla de brujería; «de vez en cuando se ha lanzado la misma acusación contra los libros de Oz, que en algunos casos se han retirado de las escuelas y bibliotecas, junto a otras representaciones de brujos y brujas simpáticos o atractivos» (Lurie, 2004: 147). La quema de libros más impresionante de la época moderna fue la realizada en Berlín en 1933; los seguidores de Hitler acabaron con más de 20



mil obras de autores como H.G. Wells, Bertolt Brecht, Freud, Einstein, Zola, Marx, etcétera.

Estos enemigos de la lectura saben que el acto de leer es potencialmente subversivo; no se puede controlar lo que una lectura promueve en el interior de un individuo; nadie puede, aunque trate de marcar el camino de la comprensión, aunque escriba en el pizarrón lo que el estudiante debe entender de esas lecturas, aunque parafrasee o resuma el escrito. La libertad absoluta de la persona que lee conlleva un misterio difícil de descifrar; ahí está ella silenciosa y callada, absorta en un volumen. ¿Qué está pensando?, ¿qué está entendiendo?, ¿qué significado tendrá en su vida? Advierte Alberto Manguel:

Lectores autoritarios decididos a impedir que otras personas aprendan a leer, lectores fanáticos que deciden lo que se puede y lo que no se puede leer, lectores estoicos que se niegan a leer por placer y exigen que sólo se cuenten hechos que ellos mismos consideran ciertos: todos ellos tratan de limitar las amplias y variadas posibilidades del lector (p. 373).

Porque la libertad lo enriquece, le permite abrir las inmensas puertas de la biblioteca inagotable que la humanidad ha forjado a lo largo de la historia para leer los relatos de sus hallazgos, de sus creencias, de sus derrotas, de sus esperanzas, de sus descubrimientos. Gozo inmenso el del aprendizaje, el del conocimiento que dispara en nuestras mentes nueva luz sobre las cosas. Disfrute que pone en peligro lo establecido, que mueve a la duda y a la sospecha.

## II. TEXTOS DE PLACER Y TEXTOS DE GOCE

Texto de placer: el que contenta, colma, da euforia; proviene de la cultura, no rompe con ella y está ligado a una práctica confortable de la lectura. Texto de goce: el que pone en estado de pérdida, desacomoda, [...] hace vacilar los fundamentos históricos, culturales, psicológicos del lector, la congruencia de sus gustos, de sus valores y de sus recuerdos, pone en crisis su relación con el lenguaje (Barthes, 1982: 25).

Los educadores y políticos del siglo xx aceptaron que la lectura era importante y comenzaron a desarrollar proyectos y tareas de promoción. Distinguieron, fundamentalmente, dos tipos de lectura; una cuya finalidad era la formación moral, cívica e intelectual y otra que buscaba el placer, ya fuese en la ficción o en la información. Caminos que ya eran tradicionales y cuyos efectos percibimos en los libros de literatura infantil desde el siglo xix. Es innegablemente un modelo de la modernidad que, señala Chartier: «Se inventa en la escuela, pues ésta no puede abandonar la lectura de formación en la que se basan todas sus prácticas ni rechazar la lectura de información que otorga autoridad a sus discursos» (p. 14).

Entre una y otra función de la lectura, durante muchos años se privilegió formar e informar, mas un lector competente es algo que se va construyendo y, aunque tengan las mejores intenciones, los textos descuidados o moralistas no favorecen su desarrollo. En la escritura se siguió la pauta del escrito sencillísimo, claro, con un vocabulario mínimo. Ideas en las que subyace una noción romántica de la infancia como la etapa de la pureza, ingenuidad, bondad e ignorancia. A los niños no se les debía hablar de cosas que afectaran su psique; se les debía proteger de cualquier situación cruel o triste de la existencia humana.

Los textos para niños fueron así depositarios de los sueños de los adultos, de la gran utopía. Después de las dos guerras mundiales, existía la convicción de formar para la paz, mediante la expresión de mundos idealizados. En los años setenta estas ideas entraron en crisis. Los autores se atrevieron a retar a sus lectores, no tenían más remedio que aceptarlo; no existe modo alguno de alejar a los niños y adolescentes de la realidad que los circunda: hay guerra en el mundo, pobreza, enfermedad, represión, desigualdad. Había que hablar de la vida y así, de manera natural, prepararlos para vivirla. La literatura infantil y juvenil los puede llevar a situaciones nunca vividas o a la reflexión de su entorno y, sobre todo, de acuerdo con sus intereses, sus edades, sus necesidades como personas. Me permito citar aquí las palabras de Francisco Hinojosa, un gran autor mexicano:

Muchos editores, maestros, padres de familia, empresas, secretarías de estado, organizaciones no gubernamentales, iglesias, despachos de publicidad e incluso escritores piensan que los libros deben instruir. Si detrás de un

cuento no existe una enseñanza de civismo, ecología, moral, lexicología o historia la lectura es inútil, y por lo tanto casi desaconsejable. No quieren que las liebres sean lo que son, al tiempo que se complacen con gatos pedagógicos disfrazados de cuenteros.

La víctima final de esta manipulación es el niño, que a veces cae en la trampa del cuento que no es cuento, pero que simula serlo, aunque en realidad sólo pretenda educar y hacer proselitismo: hay que respetar la bandera nacional, hay que reciclar la basura, hay que creer en un solo dios, hay que apreciar el arte de Diego Rivera, hay que saber que ósculo significa beso o hay que consumir cierta marca de cereales. No solamente se le impone a los libros la tarea de inculcar valores y transmitir conocimientos: los padres, los maestros y la sociedad también lo hacen, y a todas horas: hay que lavarse los dientes, hay que dar las gracias, hay que comer alimentos nutritivos para crecer fuerte y sano y, finalmente, hay que leer. Prohibido el goce. Prohibida la literatura (Hinojosa, p. 111).

La vocación artística del texto literario y el placer estético que promueve en sus lectores son aspectos básicos; recepción y efecto van de la mano, porque, ya lo sabemos, lo que leen las personas afecta su comprensión del mundo, su cosmovisión; los textos crean figuras que forjan vivencias y son un espejo que nos refleja o nos deforma. Son un puente de acceso, una vía de reconocimiento, un juego clave para nuestro desarrollo personal.

Los profesores sabemos que existe el grave problema del iletrismo, que ataca a los alfabetizados de todas las edades. Iletrados son quienes tienen dificultades con la lectura y la escritura por lo que son decodificadores pobres y no pueden responder a los retos de «procesar con rapidez y competencia las informaciones necesarias para la vida social, profesional y cívica» (Chartier, p.17). Sabemos que es un problema vinculado con otros procesos sociales como la marginación y la pobreza. El analphabetismo se reduce y el iletrismo aumenta, comenta Chartier: «Al igual que las cifras del desempleo o de la delincuencia, las del iletrismo van en aumento» (p. 25). Como el iletrismo está vinculado con el manejo de la lengua, con la formulación y comprensión de los mensajes verbales es un fenómeno que resta posibilidades de comunicación y desarrollo a las personas. Un fenómeno que podemos reducir con proyectos que nos permitan desarrollar habilidades lectoras sin perder en el camino el goce de la lectura.



Usemos de la literatura infantil y juvenil que está en pleno desarrollo y madurez, que inicia y fortalece la adquisición de esta habilidad; hagamos conscientes a los intermediarios: profesores, padres de familia, bibliotecólogos, abuelos, libreros, de que la lectura de la literatura no es una inversión ociosa, que la persona en silencio frente a una novela de Roald Dahl o de Michael Ende está en el goce disfrutando de todas aquellas riquezas que la literatura nos da en cualquier etapa de nuestra existencia. Savater, Bloom, Lyotard, Borges son algunos de los que han escrito sobre sus lecturas de infancia y el efecto que tuvieron en sus personas. Alguno hay que agradece las enfermedades que tuvo de niño, por todo el tiempo que estuvo en cama acompañado de sus relatos favoritos. Somos testigos de la revaloración de la lectura gozosa, del placer de leer por el placer de leer. Harold Bloom (2002), famoso crítico y entusiasta promotor de la lectura, sostiene que «la lectura es una praxis personal, más que una empresa educativa» (p. 17).

Pensemos, por ejemplo, que un verdadero escritor es un gran apasionado y un profesional en el uso de las palabras, las maneja con destreza para comunicar esa ensoñación que lo llevó a vislumbrar el relato, el poema, la obra de teatro. Es, además, un ser que percibe y observa con especial pericia y en su obra proyecta su visión del mundo. El arte es una manera de conocer y de disfrutar, una ventana al mundo.

Textos de placer y textos de goce no se excluyen, se pueden tejer para formar un complejo entramado que favorezca la lectura y la permanencia en la lectura. El enemigo de este hábito es el libro malo, los descuidos del escritor, el autoritarismo del intermediario que busca controlar un proceso que requiere libertad.

### III. NUEVAS LECTURAS

«Si lo que uno quiere es educarse y formarse, es de fuerzas humanas de lo que se trata, y [...] sólo si lo conseguimos sobreviviremos indemnes a la tecnología y al ser de la máquina» (Gadamer, p. 48). La cita anterior fue dicha por Gadamer en 1999; él fue un intelectual que vivió todo el siglo xx y que, ante los enormes desastres de su tiempo, así como

ante los grandes logros humanos y avances de la tecnología, buscó hacer comprender que «la educación es educarse» y que podemos romper con el programa de estudios de cualquier institución con el fin de «despertar el placer de aprender». Detrás de las nuevas tecnologías y de los medios de comunicación están los seres humanos, sus palabras y sus mensajes. Los múltiples textos en sus variadas texturas hablan de las personas desde las personas.

El correo electrónico, las variadas posibilidades de transmisión de un celular o de la internet promueven nuevas formas de lectura y escritura que movilizan al receptor. En la computadora, por ejemplo, los textos escritos aparecen en una pantalla, en ella podemos comentarlos, subrayarlos y escribir sobre ellos; además, se pueden consultar varios textos al mismo tiempo y podemos establecer hipervínculos. Estas características hacen que temas como la copia, el plagio o el fragmentarismo sean motivo de reflexión y valoración. El lector tiene que evolucionar y transformar sus hábitos. Debe aprender nuevos formatos de lectura que sigan las huellas de los textos electrónicos de manera interactiva.

Éste es otro de los retos de nuestro nuevo milenio, sacudirnos el iletrismo frente al mundo electrónico, pero hay otro reto que lo acompaña, el que hemos mencionado de manera reiterada: desarrollar las habilidades analíticas y críticas que requiere toda persona para ser mejor ser humano, lo que nos llevará a la creación de sociedades más justas. Estas habilidades se pueden ejercer de múltiples maneras, en los diferentes tipos de textos que decodificamos día con día.

Hace unos años la maestra Patricia Almeida, directora del espacio de televisión Once Niños, en una conferencia en la Universidad Iberoamericana, nos dijo que los niños en México ven, en promedio, cinco horas diarias de televisión. También comentó que en este lapso están expuestos a diversos tipos de mensajes, muchos de ellos dirigidos a públicos adultos con cargas intensas de violencia o sexualidad. Esos receptores no tienen un intermediario que les permita realizar una lectura crítica de lo que ven y escuchan. Están atrapados frente al televisor y no se dan tiempo para digerir.

Creemos que si un niño es un lector imaginativo, creativo, analítico y crítico, estará capacitado para leer mejor los mensajes de cualquier medio: televisión, cine, medios impresos, etcétera. Será un lector astuto,

buscará la verdad y será una persona que podrá leer el mundo como un libro. En palabras del maestro Miguel Cossío (2005):

Más allá de los programas de justicia social, que nunca se cumplen, leer es recrear no sólo el texto, sino también la realidad; echar a andar la imaginación que inspira la liberación personal. A lo que voy: no basta con describir, desde la teoría, la lectura como un acto de recreación y reconfiguración, que lo es. Hay que verla como un salto a la libertad, un instrumento para la ensoñación, porque la vida es sueño, según Calderón. Para el niño, leer es imaginar (p. 111).

En la cultura contemporánea, la competencia lectora no sólo está dada por los libros que hemos leído o que nos han leído; está vinculada con lo que hemos escuchado y visto en la vida que nos circunda, en la televisión, el cine, la prensa, la internet, la radio; tenemos un repertorio de lecturas que nos conforman, nos forman o nos deforman. Las obras literarias, no obstante, nos ofrecen el espacio y el tiempo para detenernos en el ejercicio del placer y del goce que conlleva. Sin lugar a dudas, la lectura de un buen libro es actividad que nos proporciona diversas llaves de acceso para leer el mundo y habilita destrezas que se irán desarrollando.

Entre las propiedades del ejercicio dialógico con el texto literario, la lectura se nos presenta como una actividad que fortalece la formación de las personas. Michèle Petit (2002), especialista francesa, nos comenta:

Si la lectura sigue teniendo sentido para numerosos niños y adolescentes que leen, ya sea con frenesí o de manera episódica es, en mi opinión, porque la consideran un medio privilegiado para elaborar su mundo interior, y en consecuencia, de manera indisolublemente ligada, para establecer su relación con el mundo exterior, es ante todo porque les permite descubrirse o construirse, darle forma a su experiencia, elaborar sentido (p.15-16).

Para esta autora, la literatura enriquece al lector cuando lo expone a lo diferente, cuando lo reta y lo aleja de la cálida seguridad de lo conocido. El texto metafórico, polisémico, sugerente, ése es el texto que exige la participación del lector para cobrar sentido, para ser apropiado y convertirse en material significativo.

La lectura literaria cuestiona lo que creemos, nos muestra otras maneras de ser en el mundo, nos familiariza con la impertinencia del lenguaje, con esa metáfora viva que es la obra en su conjunto y que nos permite regresar para ver nuestro mundo con una nueva mirada. La lectura puede ser no sólo transgresiva sino subversiva, en el libro puede aguardar el deseo, la duda, el temor, la pregunta.

Es un espacio psíquico que permite delimitarse, percibirse como separado, diferente de lo que lo rodea a uno, capaz de un pensamiento independiente, capaz de librarse un poco de los discursos de los demás, de los lugares asignados por la familia y la sociedad, de los límites fijados, los espacios confinados: que puede ser el lugar mismo de la elaboración o la reconquista de una posición de sujeto (Petit, p. 27).

Quizá un día, de este ejercicio de lectura, brotarán nuevos caballeros o damas andantes o nuevos escuderos para deshacer todo género de agravios. Contaremos sus historias en voz alta en un «espectáculo de lectura» o nos enfrascaremos tanto en su lectura que pasaremos las noches «leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer», dijera Cervantes. Todos perderemos el juicio y ganaremos el valor, la fantasía y el coraje para aumentar nuestra honra y servir a la república. Iremos por todo el mundo, armados para deshacer todo género de injusticias. ☒

## BIBLIOGRAFÍA

BARTHES, Roland, *El placer del texto y Lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France*, pronunciada el 7 de enero de 1977, trad. de Nicolás Rosa, 4a. ed., Siglo XXI Editores, México, 1982

BORGES, Jorge Luis, «Magias parciales del Quijote», *Otras inquisiciones. Obras completas II*, Emecé Editores, Barcelona, 1996

BLOOM, Harold, *Cómo leer y por qué*, trad. de Marcelo Cohen, Anagrama, Barcelona, 2002

CHARTIER, Anne-Marie, y Jean Hébrard, *La lectura de un siglo a otro. Discursos sobre la lectura (1980-2000)*, Gedisa, 2002 (col. Lea)

COSSÍO, Miguel, «Esa vieja y eterna fantasía», *Alter Texto*, 6, jul-dic, 2005

GADAMER, Hans-Georg, *La educación es educarse*, Paidós, Barcelona, 2000

HINOJOSA, Francisco, «Las estrategias de subversión en la narrativa infantil contemporánea», *Alter Texto*, 5, ene-jun, 2005

ISER, Wolfgang, *El acto de leer: teoría del efecto estético*, trad. de J.A. Gimbernat y Manuel Barbeito, Taurus, Madrid, 1987

LURIE, Alison, *Niños y niñas eternamente. Los clásicos infantiles desde Cenicienta hasta Harry Potter*, Fundación Sánchez Ruipérez, Madrid, 2004

MANGUEL, Alberto, *Una historia de la lectura*, Norma, Bogotá, 1999

PETIT, Michéle, «Pero, y qué buscan nuestros niños en sus libros», *Lecturas sobre lecturas*, vol. 2, Conaculta, México, 2002

Laura Guerrero Guadarrama es doctora en letras modernas y académica de tiempo completo en el Departamento de Letras de la Universidad Iberoamericana

([laura.guerrero@uia.mx](mailto:laura.guerrero@uia.mx))

(Recepción: 17-06-07. Aceptación: 02-09-07)